



Raúl Loera Valencia

Egresado de la Licenciatura en Análisis Químico Biológicos

L

a UAA fue una institución que me dio la bienvenida desde el proceso de admisión. En aquel tiempo, la UAA sobresalía por su estabilidad académica que garantizaba que no hubiera interrupciones en el programa de la Licenciatura en Análisis Químico Biológicos (LAQB) que buscaba cursar.

Tengo que señalar que, para mi familia, el costo de la mensualidad era alto y mis padres me apoyaron con muchos esfuerzos. Mi papá, Raúl Loera García, incluso tuvo que emigrar a Estados Unidos y se aseguró que lograra terminar la carrera luego del fallecimiento de mi mamá –la enfermera Beatriz E. Valencia Valencia–, quien sembró en mí la curiosidad por la fisiología y la medicina. También tuve todo el apoyo de mi familia, en especial de mis padrinos Leticia Valencia Valencia y Rigoberto Carrillo Huerta.

Cuando revisaba el plan de estudios, LAQB era una de las pocas carreras que contaba con una materia de Biología molecular, y eso me convenció para estudiarla. Efectivamente, esta materia me mostró cómo decodificar la función del ADN, y me convenció de que ésta era la ciencia que quería estudiar en mi posgrado. Sin embargo, en la UAA me restaba iniciar una tesina y quería elegir un laboratorio para trabajar.

En aquel entonces había un profesor muy inspirador en el Departamento de Ciencias Básicas, el doctor Alberto Quezada Gallo a quien me acerqué para preguntarle por un asesor para tesina, y sin dudar me recomendó que hablara con el doctor José Luis Quintanar Stephano. Me acerqué a

él y de inmediato me invitó a trabajar en un proyecto sobre esclerosis múltiple y un posible tratamiento que estaba probando. Fue una etapa muy emocionante porque obtuve mis primeros resultados positivos, y también viví toda la emoción de iniciar un nuevo modelo animal que funcionaba. El ambiente en el laboratorio siempre fue muy cordial y hasta balanceado, lo cual no es muy común en ciencias. Los exámenes finales de las materias de último semestre se daban al mismo tiempo que la selección para maestría en el Instituto Potosino de Investigación Científica y Tecnológica (IPICYT), por lo que necesitaba prórroga para presentar exámenes y trabajos finales. Todos los maestros me apoyaron y dieron facilidades para presentar íntegros los requisitos de titulación. Fue una lección de ellos en empatía.

Yo no lo sabía, pero a pesar de todas las carencias institucionales, viví una época de abundancia en ciencia en México. CONACYT apoyaba totalmente los programas de excelencia de posgrado y había un gran número de becas para estudiar maestría y doctorado. Fui a IPICYT, un centro CONACYT, que ofrecía una multitud de apoyos para estudiantes foráneos, como una beca para estar durante las semanas de curso propéutico; fui seleccionado para entrar a la Maestría en Biología Molecular junto con otros dieciocho alumnos, lo cual era un número muy grande para un posgrado. Al segundo año de mi maestría me casé felizmente con la doctora Alma Berenice Jasso Salcedo, quien siempre ha estado a mi lado y apoyándome desde entonces. En mi maestría aprendí sobre los procesos de diferenciación celular de células adiposas. Para mi doctorado, empecé a trabajar con el doctor Carlos Barajas López (QDEP), quien fue un gran apoyo y un mentor. Aquí regresé a estudiar neuronas, esta vez del intestino, y cómo su panorama genético cambiaba con el desarrollo postnatal.

Durante el doctorado, surgió una oportunidad única. El laboratorio del doctor Jan Huizinga tenía la necesidad de establecer una técnica de biología molecular que yo usaba diariamente en el laboratorio del doctor Barajas para caracterizar células intersticiales del Cajal. Así que gracias a las extintas becas mixtas de CONACYT, pude ir a Canadá, a la Universidad de McMaster a establecer esta técnica. Teníamos la ambición de un gran descubrimiento y fallamos; sin embargo, los resultados que obtuvimos dieron pauta a nuevas herramientas en el campo, y nuestra colaboración fue muy productiva.

Regresé a México apenas a tiempo para despedirme de mi abuelita, quien falleció esa semana; y menciono esto para no ser ajeno a los sacrificios que muchas veces implica una carrera en ciencias.

Al terminar mi doctorado, busqué con el apoyo de las ahora muy disminuidas becas de postdoctorado al extranjero, un laboratorio que hiciera investigación en la enfermedad de Alzheimer. Fui aceptado en el laboratorio del doctor Ángel Cerdazo Mínguez en el Instituto Karolinska en Suecia, donde pasé seis años. Éste fue un tiempo de una vibrante actividad científica y colaboración con científicos de diferentes países, donde creamos un sistema tridimensional de minicerebros para estudiar la enfermedad de Alzheimer. Durante este tiempo mi asesor fue reclutado por una farmacéutica y dejó el laboratorio a nuestro cargo. Esto nos obligó a crecer como investigadores, ya que teníamos que desempeñar funciones propias de un investigador titular. Al final de mi tiempo en Karolinska sentía que estaba listo para dar el siguiente paso.

A mi regreso a México busqué una posición de investigador titular y me tardé más de un año en encontrar una convocatoria con verdadera meritocracia. Esto también pone de manifiesto la carencia tan grande de plazas de investigación en el país. Finalmente, gané una posición de Investigador titular en el Tecnológico de Monterrey para iniciar el ecosistema de investigación en Medicina en el campus de Chihuahua. Es mi sueño que el trabajo que realicemos contribuya a educar a la población, a mejorar la salud del estado, sobre todo la de comunidades vulnerables como los rarámuris o las personas migrantes. Existen muchos retos para desarrollar ciencia en México, pero estoy convencido que las soluciones se encuentran entre la gente que México ha formado como científicos para lograr salir adelante. También quiero ser optimista en el futuro, ya que podemos hacer muchas cosas en materia de medicina y salud. Espero, con la ayuda de los jóvenes talentosos de México, poder descubrir nuevo conocimiento sobre nuestra naturaleza, nuestra gran diversidad, y generar soluciones únicas que puedan enseñar al mundo un sentido más humano de la ciencia.

Cuando era un niño, para mí estudiar en la UAA era el logro más alto que podía imaginar. Mi mamá, que en paz descanse, había estudiado allí su carrera como enfermera, y sólo quería seguir sus pasos y convertirme en un profesionalista como ella y como varios de mis tíos y tías que fueron mis maestros y figuras inspiradoras.

Mi padre emigró a los Estados Unidos cuando estaba terminando la preparatoria y ha vivido desde entonces allá como ilegal. Mi madre falleció cuando estaba en el último semestre de la carrera y mi padre pudo realizar dos últimos viajes a México antes de que su visa expirara y quedara encerrado por dieciocho años en aquel país: uno para el funeral de mi madre, y otro para mi graduación de licenciatura. También ambos abuelos maternos asistieron a mi graduación y estaban felices de verme completar una carrera profesional.

Para nuestra familia, que yo pudiera estudiar en la UAA fue un parteaguas, y mi titulación fue una culminación del esfuerzo de todos por apoyarme y darme la oportunidad de buscar un mejor futuro.

Yo hacía mi servicio social con el doctor José Luis Quintanar Stephano, y un día organizó una comida en una pequeña casita que tenía en las afueras de la ciudad. Me sorprendió que fuimos invitados porque éramos simples estudiantes de sexto semestre que apenas se habían unido al laboratorio. Al ahora doctor Néstor Jiménez Vargas, amigo mío que también hacía su servicio en el laboratorio, y a mí nos ofrecieron transporte y con mucha pena le preguntamos al doctor Quintanar qué podíamos llevar para cooperar, a lo que nos respondió con una gran carcajada, una palmada en el hombro y nos dijo: “No se preocupen”. Al llegar vi cómo casi todo el Departamento de Ciencias Básicas estaba allí, desde el personal de mantenimiento, técnicos, estudiantes de todos los niveles. Entre los estudiantes jugamos fútbol y basquetbol, comimos, cantamos, reímos y todos se sentían como en casa, aunque sólo teníamos en común el trabajo de los laboratorios del Centro de Ciencias Básicas. Si bien desde pequeño sabía que quería ser un científico, ese día supe el tipo de científico que quería ser.

Las instituciones en Aguascalientes son utilitarias por tradición. Si bien Aguascalientes es histórico en muchos aspectos y tiene un gran acervo cultural desde las obras de Saturnino Herrán hasta las múltiples actividades modernas de la Casa de la Cultura del Estado, entró a las décadas de los 70 y 80 volcado enteramente en la productividad económica. Nuestros abuelos, generación de ferrocarrileros, dio pauta a la generación de nuestros padres, quienes ahora ya buscaban tener una formación profesional o un oficio y que se integraron de lleno a la clase media productiva moderna. Este grueso de la población de la ciudad se dedicó por más de cincuenta años casi exclusivamente a trabajar y generar bienes y servicios. Esto conllevó, a mi parecer,

a un olvido de la importancia de la cultura, la ciencia y el arte, mientras que para otros estados como Oaxaca, Guanajuato y Ciudad de México cultivaron grandes artistas y académicos a través de instituciones muy notables.

En Aguascalientes, además de instituciones culturales de gobierno y edificios históricos, tenemos a la UAA, un faro de producción artística, cultural y científico-académica de gran valor, muy necesario para la gente del estado. Cosas que podrían parecer muy pequeñas, como el jardín botánico “Rey Nezahualcóyotl”, significan grandes acervos de cultura y reflexión para el público en general. El que haya gente detrás de estas iniciativas mantiene viva la llama de lo bello y de lo abstracto, y que la UAA tenga la consciencia de mantener estos espacios abiertos manifiesta su carácter verdaderamente humanista. En sus cincuenta años, aunque por momentos pareciera atacada en pro de una demagogia de la ignorancia, la UAA prevalece como bastión de los verdaderos valores que representan el ideal al que México siempre ha aspirado.